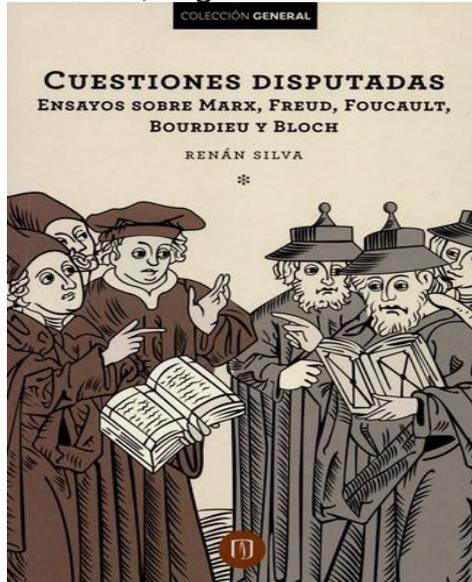


## Reseña

**Cuestiones disputadas. Ensayos sobre Marx, Freud, Foucault, Bourdieu y Bloch**

**Autor: Renán Silva**

**Año: 2016, Bogotá: Universidad de los Andes. 225 p.**



Edwin Cruz Rodríguez\*

En esta obra el reconocido historiador colombiano Renán Silva, actualmente profesor de la Universidad de los Andes, presenta cinco ensayos sobre problemas metodológicos de la investigación en historia y ciencias sociales. Son, como el autor explicita, trabajos orientados a estudiantes y lectores que están introduciéndose en este campo. Cada uno de los textos está dedicado a un autor; pero, más que la obra o el pensamiento en general, Silva estudia problemas bien delimitados en cada caso. El registro de sus reflexiones, a medio camino entre la exégesis conceptual y la historia intelectual, evidencia una sensibilidad particular del historiador enfrentado a cuestiones que al mismo tiempo son teóricas y empíricas.

En el primer ensayo, Silva reconstruye la actitud de investigador científico moderno de Marx, olvidada en las lecturas de las distintas corrientes del materialismo dialéctico y en la versión de los académicos liberales, quienes presentan su pensamiento como una “gran teoría”, brillante pero errónea. Según el autor, las concepciones del trabajo de Marx como doctrina, “gran teoría” y pensamiento cerrado y acabado impiden captar su actitud científica, reduciéndolo al rol de ideólogo. En contraste, Silva reflexiona sobre la obra de Marx como un todo abierto, contradictorio e inacabado, resaltando la actitud de investigador en búsqueda incansable de la verdad que se expresa en sus prácticas: el conocimiento del estado del arte, el manejo de datos de primera mano, la sistematización rigurosa de los hechos, la suspensión del juicio, la crítica y la autocrítica permanente y su preocupación por la transmisión del conocimiento en forma escrita. El ensayo permite comprender la transición, mediada por el ejercicio del periodismo, entre el filósofo y el investigador empírico de la sociedad, la formación de una ética de la investigación y de respeto por la verdad, y una concepción de la ciencia como producto colectivo, que destaca la influencia que la disposición de Engels hacia el trabajo empírico tuvo sobre Marx.

I \* Polítologo, candidato a doctor en estudios políticos de la Universidad Nacional de Colombia. [ecruzr@unal.edu.co](mailto:ecruzr@unal.edu.co)

En el segundo trabajo Silva plantea una alternativa al fenómeno de las “figuras primordiales” -los “padres fundadores” en las ciencias sociales- que en el caso de Sigmund Freud ha conducido frecuentemente a una lectura dogmática, mediante un análisis de su correspondencia de viajes. Según el autor, el pluralismo teórico y la lectura crítica requieren la construcción de una relación de objeto, no pasional con los autores y sus obras, que los desacraliza al ubicarlos en el nivel del instrumental de trabajo en las ciencias sociales. Desde esta perspectiva, la correspondencia de Freud es una fuente sobre la sociedad de su tiempo, cuando la escritura de cartas todavía era una práctica habitual entre sectores letrados. En sus misivas, Freud transmite, principalmente a su familia, el gusto por el viaje y su inserción en los placeres del consumo, aún cuando sus desplazamientos también estaban ligados al trabajo y a su permanente afán de conocimiento. Así, a principios del siglo XX, la convergencia entre la prosperidad económica por la que atravesaba Freud, entonces un autor reconocido como el fundador de la nueva “ciencia” y luego de experimentar ingentes penurias económicas, y el ascenso de la sociedad de consumo, especialmente los viajes de turismo y el ideal de confort, muestran la actitud aprobatoria que mantuvo frente a los procesos de modernización en Europa y Estados Unidos.

El tercer ensayo analiza las prácticas de trabajo de Michel Foucault, un aspecto de su trayectoria incomprendido, sobre todo por los historiadores de su época, y opacado por la seducción que opera su compromiso político radical y el influjo de su obra, tomada como una “gran teoría”, en Estados Unidos en pleno auge de los estudios culturales. El trabajo del filósofo-historiador francés permite a Silva perfilar una alternativa frente a las “patologías intelectuales” del teorismo, grandes teorías sin sustento en datos, y el empirismo abstracto, la acumulación de datos sin criterio teórico. Foucault muestra una disposición permanente por la combinación entre trabajo teórico y empírico, articulados en su singular relación con el archivo, cuyas fronteras redefine en distintos momentos, el planteamiento de problemas sin antecedentes, la invención de un método apropiado y la conjunción de materiales empíricos. Entre otras cosas, su preocupación por las “existencias despreciadas”, al margen de lo que la sociedad considera normal, forzó los límites de reflexión de los historiadores al posicionar como objetos de estudio formas de opresión no restringidas a la explotación, sin que eso lo llevara a una visión idealizada de lo popular. Posicionó una perspectiva distinta para estudiar las ideas, que inquiere por la manera en que distintas formas del pensamiento permean las relaciones sociales, que a diferencia de la historia centrada en grandes obras obliga a examinar obras menores de lectura común en épocas anteriores. En fin, Foucault llama la atención sobre la necesidad de forjar un “lenguaje neutro”, que vaya más allá de las categorías del presente para comprender los lenguajes otros del pasado en sus propios términos.

El capítulo cuarto aborda el problema de la crítica en las ciencias sociales, particularmente el “autoanálisis” presente en el trabajo de Pierre Bourdieu. La reflexión está precedida por una reconstrucción de los conceptos de crítica y “autosubversión”, propuesto por Albert Hirschman para designar su tendencia a la autocrítica, en contraste con la aversión de los académicos promedio cuando se trata de poner en riesgo su capital intelectual acumulado, que los lleva a confirmar una y otra vez las hipótesis que los han ubicado en un lugar de reconocimiento en vez de ponerlas en cuestión para construir algo nuevo. Para Silva, el trabajo de Pierre Bourdieu se caracteriza por una reflexividad o autocrítica permanente, una vigilancia epistemológica o autoanálisis sobre todas las operaciones involucradas en la investigación social, que supone abandonar todo libreto en la práctica investigativa para asumir que ésta nunca involucra los mismos procedimientos sino que por el contrario siempre plantea preguntas inéditas. El autoanálisis es una manera de objetivar la relación entre el investigador y la institución universitaria, así como para controlar racionalmente las condiciones en que se producen las distintas elecciones del trabajo académico: temas, problemas, autores, métodos, etc.

En el último ensayo Silva estudia el legado de Marc Bloch a propósito del problema del testimonio y la transmisión de los testimonios en la investigación histórica, que introduce en Apología para la historia o el oficio de historiador. A su propio testimonio sobre la vivencia de Segunda Guerra Mundial, Bloch aplicó un conjunto de reglas de validación y de contrastación. También mostró cómo las falsas noticias o los rumores pueden ser convertidos en fuentes de información, preguntando por el papel que desempeñan en las representaciones colectivas que se forman sobre los acontecimientos. Según Silva, la problemática del testigo y del testimonio ha experimentado grandes cambios con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo la interpretación de François Hartog, sostiene que el testigo ha dejado de ser un tercero que cuenta sus observaciones para pasar a convertirse en un “sobreviviente”, que narra su propia vivencia. Esto ha puesto en cuestión la diferencia entre historia y memoria, dos aproximaciones al pasado que de acuerdo con Silva no deben verse como opuestas pero sí como diferentes, con lo que desaparece uno de los puntales que desde Bloch tuvo la ciencia histórica: la disposición de testimonios indirectos para contrastar con los directos y descubrir lo verdadero.

En conjunto, el libro es una invitación a retornar a los clásicos con una mirada crítica que cuestiona formas de lectura basadas en prácticas académicas como las modas y el partidismo, cuya consecuencia es la adopción acrítica de los postulados de una obra, un enfoque o un autor; como si la investigación en ciencias sociales fuese cuestión de defender un bando, abogando más bien por el pluralismo teórico, la autocrítica permanente y el diálogo entre historia y ciencias sociales.

La forma de interrogar los textos y los problemas que sobre ellos se plantean constituyen también una alternativa para la reflexión sobre el oficio de las ciencias sociales y la historia, tal vez más productiva de la seguida por corrientes como el llamado giro lingüístico, particularmente en el contexto norteamericano, que parecen haberse enredado en disquisiciones ontológicas y epistemológicas sobre el conocimiento del pasado y de la realidad, tópicos que los más expertos filósofos no han podido zanjar en varios milenios, en lugar de reflexionar sobre los problemas que plantea el trabajo cotidiano de investigación.

Sin embargo, el libro también presenta aspectos discutibles. Si bien existe unidad entre los cinco ensayos, varían en su nivel de elaboración. Los trabajos mejor logrados son los dedicados a Bloch y a Marx –salvo porque el énfasis en su faceta de investigador por momentos erige al autor como un académico, un tipo social difícil de ubicar en el siglo XIX, cuyas preocupaciones distan de las que puede tener un intelectual comprometido. El texto sobre Freud parece agotarse en un extenso comentario a la correspondencia, mientras que en los dedicados a Foucault y Bourdieu las reflexiones sobre los enunciados y las prácticas de los autores están precedidos por una gran cantidad de rodeos que hacen perder su hilo conductor.

Más allá del intento de desacralizar al autor por la vía de la objetivación, el texto sobre Freud parece limitado a describir la información que su correspondencia suministra sobre la sociedad de su tiempo o bien a sostener que Freud es un individuo más en este contexto. Es discutible la asunción de que Freud, con sus niveles de consumo y sus viajes, pueda ubicarse dentro del estándar de las clases medias de aquella época y, aún si ese fuera el caso, es arriesgado sostener que su experiencia excepcional, la de un intelectual de fama global o por lo menos atlántica, sea representativo de la sociedad en la que vivió.

Por otra parte, las constantes manifestaciones de malestar con la “gran teoría” que enuncia Silva pueden discutirse a propósito de su interpretación de Foucault. Es cierto que el trabajo del filósofo-historiador francés es territorializado y no necesariamente aspira a construir una gran teoría, pero de ello no se infiere que sus enunciados carezcan de interés para analizar fenómenos de distintos lugares y épocas. Sobre todo se echa de menos una reflexión sobre las formas de generalización de hipótesis en las ciencias sociales, las cuales no se agotan en la generalización estadística, que aspira a corroborar una hipótesis en la mayor cantidad de casos posible, a la manera en que lo hace un científico natural en su laboratorio. Existen formas de generalización analítica, en donde un caso particular o incluso un “tipo ideal”, como puede ser la hipótesis del ejercicio del poder disciplinario o panóptico, ilumina al servir de

contraste casos disímiles, ajenos al contexto del castigo y la cárcel en Francia en la transición hacia la modernidad, que comprometen otros tipos de sociedad e incluso otras instituciones.

Finalmente, existen afirmaciones que no están debidamente fundamentadas y contradicen la defensa del pluralismo teórico, principalmente la descalificación de concepciones y prácticas distintas del trabajo investigativo. Por ejemplo, entre otros, existen descalificaciones de los “estudios culturales” por el supuesto déficit de trabajo empírico que los caracteriza (pp. 113-114) y de temas como “el cuerpo”, “el deseo”, “el poder”, “el otro”, “las alteridades”, “que antes de llegar a ser verdaderos objetos de investigación se convierten en formas de identidad y de distinción universitarias, en maneras de ritualización del habla y de creación de falsas comunidades de interés” (p. 167), en detrimento de aquellos que el autor, sin mayor argumentación, considera verdaderos temas de investigación, la “vida frágil” o la “miseria del mundo”.

Más allá de estos aspectos discutibles, propios de toda obra de estas características, el texto es también una elocuente invitación a dotar de un sentido otro a la vida académica, distinto del que parece haberse impuesto, de modas, rankings, competencia y ascenso social, en lugar de amor por el oficio y por la verdad.